

EL MARTINISMO

Jean-Marc Vivenza₁

(1. El texto del presente artículo corresponde a la Introducción de la obra del autor “LE MARTINISME, l’Enseignement secret des Maîtres: Martinés de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin et Jean-Baptiste Willermoz (fondateur du Régime Écossais Rectifié)”, publicada por la editorial Le Mercure Dauphinois, París, 2.006.)



*“Las obras de Dios se manifiestan sosegadamente,
y su principio permanece invisible.
Toma este modelo en tu sabiduría,
no lo des a conocer sino por la dulzura de sus frutos;
las vías dulces son las vías ocultas [...].
El Señor ha conducido su pueblo por una vía oscura,
a fin de que sus designios se cumpliesen.”*

Louis-Claude de Saint-Martin,
El Hombre de Deseo, 10.

Qué otro término, sino el de “Martinismo”, puede pretender beneficiarse de una tal reputación de extrañeza, de sospecha, incluso de temor, tan rodeado este nombre de un espeso velo de misterio creando en su entorno una profunda y sólida opacidad que parece tan difícil -por no decir imposible- disipar. Esto contribuye, reconozcámoslo, en razón de la naturaleza de esta corriente original, a hacer extremadamente compleja para el

común de los mortales e incluso de los iniciados, una justa percepción de los objetivos y trabajos que persigue. Así pues, en comparación con los innumerables estudios realizados sobre la Francmasonería, y por su propio carácter relativamente cerrado y silencioso, muy pocas cosas se han impreso al respecto en el transcurso de estos últimos años, y las que se han hecho, por desgracia están lejos de ser portadoras de las verdades que serían necesarias encontrar en este tipo de materias en las que debería, normalmente, dominar tan solo la gracia del espíritu y la simplicidad de corazón.

Es por lo que nos ha parecido sumamente útil, cuando la confusión reina ampliamente por doquier, contribuir con esta obra a que una luz benéfica pueda venir a iluminar a los auténticos buscadores, a los “hombres de deseo” sinceros llevados por una justa intención, traer al conocimiento de aquellos para los que las realidades del Cielo ya son las de la tierra los elementos significativos que permitirán comprender mejor lo que es la auténtica espiritualidad Martinista, sabiendo que lo esencial se situará siempre en este lugar donde se desarrolla la obra según el interno, a saber, el inaccesible ámbito de la inefable Verdad.

Evidentemente que no se trata con este estudio de revelar algunos oscuros secretos, favorecer la vana y malsana curiosidad, sino más bien invitar al lector a comprometerse en la comprensión de las enseñanzas de los maestros de la transmisión, a volver a encontrar la llave de la puerta que abrirá su interioridad, y por qué no, hacerle íntimo un camino que eventualmente podría llegar a ser el suyo si acepta purificar su intención y comprometerse, con humildad, en la operación de su lenta transformación que lo verá participar, no sin dolor y angustia, pero para su mayor felicidad espiritual, del nacimiento en él del “Nuevo hombre”.

El Martinismo, eso es cierto, posee una doctrina fundamentada en un principio primero, y que se resume en esta afirmación simple pero categórica: el hombre no está actualmente en el estado que era el suyo primitivamente; víctima de una Caída de la que es responsable, vive en lo sucesivo como un prisionero, un exiliado en el seno de un mundo y un cuerpo que le son extraños.

Esta doctrina, claramente expresada en las Santas Escrituras, evocada por los apóstoles y después en el curso de los siglos por los Padres de la Iglesia, será sin embargo recordada, precisada y desarrollada de manera juiciosa y pertinente en Francia en el siglo XVIII por Martinés de Pasqually (1710-1774), y luego por su discípulo Louis-Claude de Saint-Martin (1743-1803), dicho el “Filósofo Desconocido”, a los que podemos considerar, uno y otro, como los incontestables maestros de esta ciencia superior que trata sobre el origen y el destino del hombre,

ciencia que especifica y caracteriza, absolutamente, todo el pensamiento Martinista.

*

Es de destacar al respecto que Martinès y Saint-Martin, por una sorprendente homonimia y señalada consonancia patronímica sobre la que no dejamos de preguntarnos, darán su nombre a la corriente que asumirá, como consecuencia de su autoridad -y es siempre bajo su bendición y soberanos auspicios que los martinistas prosiguen su tarea-, distinguiéndose por una sorprendente fidelidad y ferviente respeto a estos dos maestros venerados y bien amados, que por efecto de un idéntico reconocimiento ocupan un lugar singular en el corazón de cada iniciado.

No obstante, si estas dos personalidades, evidentemente emblemáticas, representan las principales y esenciales columnas fundadoras de un edificio sagrado que abriga los trabajos de aquellos que se han comprometido en la vía silenciosa y discreta en la que el ruido, que no es productor de bien, no tiene lugar, no hay por ello que excluir y olvidar con excesiva rapidez la significativa importancia del interesantísimo e incansable buscador lionés situado en el origen del Régimen Escocés Rectificado, Jean-Baptiste Willermoz (1730-1824), representando la faceta casi externa del Martinismo, o más exactamente su vertiente masónica, que supo reunir, con tan sabia y notable pedagogía, en el seno de las logias que tuvieron la inteligencia de situarse bajo las luces de su reforma, el conjunto de herramientas necesarias para la edificación de los cimientos del nuevo Templo, y que encarnan hoy, no tememos en afirmarlo, **la cadena de transmisión tradicional más directa y vinculada a la herencia doctrinal e iniciática del Martinismo original.**

Es por lo que, en este estudio dedicado a la doctrina Martinista, y por bien que nuestro corazón sea directamente sensible a las palabras y, reconozcámoslo, estando singularmente tocado por las enseñanzas del “Filósofo Desconocido”, reservaremos por igual un lugar equivalente al pensamiento de Martinès de Pasqually y Jean-Baptiste Willermoz, pues si los temperamentos de estos tres incontestables maestros, sus visiones, sus aproximaciones, pudieran -como es normal- participar de naturales diferencias entre ellos, su espiritualidad estuvo siempre ligada a una idéntica fuente y fe común, que por otra parte harán resplandecer, y de los que se puede decir sin la menor sombra de duda que lograron brillantemente preservar y hacer vivir, a pesar de las sordas e ingratas mordeduras de los tiempos, a fin que se eleve siempre hacia el Cielo el homenaje

que los hombres han de expresar a Dios, y que pueda ser entonado a través de los siglos el canto de su perpetua alabanza.

Pero previamente, y antes de ir más allá en nuestro propósito, aclaremos una cuestión fundamental entre todas ellas, puesto que condiciona la posibilidad incluso de utilizar, como hacemos en esta obra, una denominación de manera genérica, a saber, y para formular esta pregunta más exactamente: ¿qué entendemos por el término “Martinismo”? ¿Qué recubre esta apelación relativamente imprecisa para la mayor parte de lectores contemporáneos, habida cuenta que lo que se ha escrito, o si se quiere la mayor parte de lo que se ha escrito al respecto, no ha contribuido verdaderamente, al menos hasta ahora y salvo raras y, a hacer más explícita una cuestión ya de por sí singularmente problemática?

notables excepciones (2. Además de la admirable investigación que realizó Robert Amadou durante muchos años, y de la que se puede afirmar ampliamente que ha abierto la “vía” a numerosos espíritus en busca de verdades martinianas y sanmartinianas, señalamos, igualmente las pertinentes y eruditas contribuciones en el curso del siglo XX de Gérard van Rijnberk, Auguste Viatte, René le Forestier, Ernst Benz, Émile Dermenghem, Jacques Roos, Léon Séller, Alexandre Koyré, Louis Guinet, Roger Ayrault, Eugène Susini y Antoine Faivre, que contribuyeron a un mejor conocimiento de las doctrinas e historia del Iluminismo. En nuestros días, es preciso alabar paralelamente la notable actividad editorial de las ediciones Cariscript, así como del C.I.R.E.M. (Centro Internacional de Investigaciones y Estudios Martinistas), que han permitido la feliz difusión de numerosos y preciosísimos documentos, al igual que, por su gran calidad, el trabajo efectuado por Serge Caillet, y el incontestable interés de sus estudios difundidos por el Instituto Eleazar (*Curso de Martinismo*, primera serie, 1990-2003), Instituto fundado precisamente para contribuir a la reflexión y ahondamiento en la doctrina Martinista.)

Nuestra aproximación y concepción al respecto son absolutamente deudoras, digámoslo de inmediato, del análisis y criterio expuestos con mucha exactitud por Robert Amadou en un estudio que publicó hace ya algunos años sobre esta cuestión (3. R. Amadou, *Martinisme*, 2ª edición revisada y aumentada, C.I.R.E.M., 1997) , y en el que tuvo cuidado de exponer, después de un serio examen de la cuestión, los criterios efectivos que nos permitirán asentar un enjuiciamiento creíble y sólido, posibilitando delimitar lo que responde o no a la doctrina Martinista, así como definir, evacuando los claroscuros, las falsas apariencias y engañosas inexactas que perjudican la sana comprensión de los datos, lo que son los elementos de evaluación fundamentados en la verdad desde el punto de vista iniciático, y así pues identificar a aquellos “hombres de deseo” sinceros, conocidos o no, que puedan ser considerados como pertenecientes realmente al Martinismo.

De tal manera, y de acuerdo a los criterios precisos establecidos por Robert Amadou, y después de recordar como consecuencia de ello que el “*Martinismo designa en primer lugar [...] el sistema de teosofía compuesto por Louis-Claude de Saint-Martin*” (4. *Ibid.* pág. 2 (Texto retomando el de la entrada [Martinismo], publicado en el *Dictionnaire de la FrancMaçonnerie*, bajo la dirección de Daniel Ligou, Éditions de Navarre/du Prisme, 1974, nueva edición 1991, págs. 785-789)”, pueden ser consideradas y contempladas como “Martinistas”:

1. En primer lugar los discípulos en “espíritu y en verdad” del Filósofo Desconocido, fervientes lectores de sus obras y ligados a él por una “cadena dócil e invisible”, al margen, o en paralelo de toda pertenencia a una escuela iniciática particular. Es esta la más sutil de las ataduras, por su carácter directo e imperceptible, señalando una participación segura en la corriente Martinista, que por su originalidad y sensibilidad específica autoriza perfectamente y se presta a las mil maravillas al establecimiento de una vocación espiritual concreta y duradera de naturaleza extra-orgánica, liberada de toda formalización institucional.
2. Designamos a continuación, pues convendría devolverle su presencia en el plano histórico, como “Martinismo”, la doctrina enseñada en la Orden por Martinès de Pasqually, doctrina que se sitúa sin duda en el origen real del nombre, haciendo de los Elegidos Coëns del siglo XVIIIº los únicos y verdaderos “Martinistas” iniciados.
3. Son igualmente “Martinistas”, aunque a menudo sin saberlo, los Masones del Régimen Escocés Rectificado, pues se benefician indirectamente, gracias a la preciosa labor de Jean-Baptiste Willermoz que adaptó al simbolismo de la Masonería Escocesa, en la que se apoyaba la Estricta Observancia Templaria, las enseñanzas y la doctrina de Martinès de Pasqually, cuyos trabajos poseen de manera incontestable, en el plano iniciático, las más puras luces, pues participan de una transmisión auténtica no interrumpida desde el siglo XVIII (5. Robert Ambelain, en este aspecto, en un texto argumentado extremadamente sorprendente que tuvo por otra parte, y esto es un eufemismo, una cierta “repercusión” en el mundo del esoterismo de después de la guerra, declaraba: “¿Qué queda del movimiento lanzando por Martinès de Pasqually, y donde podemos encontrar una filiación ritualística indiscutible no interrumpida? La respuesta es clara: en el seno del Régimen Escocés Rectificado. En efecto, hemos estudiado cuidadosamente los diversos Rituales e Instrucciones tanto de sus Logias de San Juan como de sus Logias de San Andrés o de su Orden Interior. Todo está indiscutiblemente marcado con el sello martinista. Podemos comparar las instrucciones de los diversos grados de los Elus-Cohen, publicados por Papus en su obra “Martinès de Pasqually” con las que figuran en el “Ritual de las Logias Escocesas Rectificadas”. La nítida voluntad de una perpetuación teórica de las enseñanzas del Maestro queda comprobada de manera indiscutible. Esto no es en absoluto sorprendente si recordamos que en el Convento de Wilhemsbad estas Instrucciones fueron redactadas, presentadas y apoyadas por Willermoz y sus amigos [...] Que el Martinismo teórico sea ignorado por la mayor parte de Masones del Régimen Escocés Rectificado, que el Martinismo práctico (es decir teúrgico) lo sea igualmente por los altos dignatarios de la Orden Interior (Escuderos o Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa), es igualmente cosa indiscutible. No es menos cierto que los Martinistas contemporáneos, deseosos de ligarse realmente al sentido iniciático de la palabra, al verdadero Martinismo histórico, deberán ir a recibir la “Luz” en el seno de las Logias Escocesas Rectificadas [...] únicamente, por su tradición histórica, sus orígenes, el Rito Escocés Rectificado es susceptible de servir de matriz egregorica a un Martinismo auténtico y activo. Solamente él podrá dar la vida oculta a sus Logias, solamente él puede enlazar ocultamente, en los Tiempos y a pesar de los siglos, con los verdaderos “Superiores Desconocidos” de antaño [...] aquellos que aspiran a encontrarlos en espíritu, en el humo de los incensarios rituales y en la claridad de los misteriosos candelabros [...].” (R. Ambelain, “Le Martinisme contemporain et ses véritables origines”, *Les Cahiers de Destins*, 1948, p. 31.). Es por otra parte interesante recordar que la denominación “Martinista” proviene

históricamente de los Masones del Régimen Escocés Rectificado establecidos en Rusia, que fueron designados de esta manera porque eran generalmente, más allá de su calidad de hermanos del “Régimen Rectificado”, adeptos más o menos activos de las prácticas teúrgicas de Martinès de Pasqually, o admiradores entusiastas del pensamiento de Louis-Claude de Saint-Martin, y para algunos incluso, como en el caso de Nicolai Novikof (1744-1818), discípulos directos e íntimos del Filósofo Desconocido (6. Antoine Faivre indica sobre este punto: “*La Reforma de Lyon se llama en Rusia “Martinismo” en razón de los rasgos que le son comunes con la filosofía de Saint-Martin; ella hace numerosos prosélitos, entre ellos el príncipe Gagarin; distintas logias adoptan los tres grados simbólicos comunicados por Willermoz. En 1784, la muerte de Schwarz [Johan Georg Schwarz, de origen alemán, profesor de filosofía en Moscú, se encontró con que Willermoz le confió en el Convento de Wilhemsbad las Instrucciones y autoridad necesarias para la apertura de Logias Rectificadas en Rusia], no interrumpió esta evolución. Su amigo, el C.B.C.S. Nicolai Novikof, le sucedió ese mismo año; fundó la sociedad tipográfica de los Amigos –que traducía y publicaba cantidad de obras esotéricas y masónicas- de la que se ocupó Lopouchine. El “Martinismo” hizo entonces grandes progresos en las logias al mismo tiempo que difundía en la sociedad profana los libros de Saint-Martin (De los Errores y la Verdad aparece en 1785 en una traducción de P. Strachov). Serge Ivanovitch Plechtchéieff, gran funcionario de Estado, contribuye mucho en introducir las ideas del Filósofo Desconocido; bajo Caterina II, crea centros bhomistas y martinistas enrolándose luego en la secta aviñonesa de Dom Pernéty.” (A. Faivre, *L’Esotérisme au XVIIIe siècle en France et en Allemagne*, La Table d’Émeraude/Seghers, 1973, p. 168-169.)*

4. Finalmente, y este es el criterio más clásico y corrientemente admitido, es “Martinista” el miembro de la “Orden Martinista” constituida entre 1887 y 1891 por Papus (1865-1916) y Agustín Chaboseau (1868-1946), o de una de las múltiples “Ordenes” derivadas de esta estructura histórica, que a pesar de numerosos aspectos delicados respecto a ciertas incertidumbres concernientes a las filiaciones respectivas reivindicadas por sus dos fundadores, presenta al mismo tiempo la ventaja, este es a nuestro juicio el punto esencial de haber preservado la herencia y haber dado a conocer, en ocasiones ciertamente bajo un ensamblaje heteróclito y un fárrago relativamente curioso muy en relación con la atmósfera propia del ocultismo del siglo XVIII, la doctrina de Martinès de Pasqually así como la obra y el pensamiento del Filósofo Desconocido (7. No olvidemos esta bella página de Papus, en la que explica, con exactitud, que el Martinismo consiste: “*en la adquisición, por la pureza corporal, anímica y espiritual, de los poderes que permiten al hombre entrar en relación con los seres invisibles, aquellos que las iglesias llaman ángeles, y alcanzar así, no solamente la reintegración personal del operador, sino también la de todos los discípulos de buena voluntad*”. (Papus, *Martinésisme, willermozisme, martinisme et Franc-Maçonnerie*, Remeter, 1986, p. 7 Publicado en castellano por la Editorial Manakel, Madrid 2008, bajo el título “Francmasonería Iluminista”. N. del T.).

Establecidos estos criterios, y la dificultad terminológica superada -al menos eso esperamos-, podemos permitirnos -eso creemos- el referirnos a un pensamiento “Martinista” más allá de las escuelas, las Ordenes y los círculos declarados como tales al hilo de los tiempos, y emplear esta denominación en su sentido original, o sea, como se entendía en Rusia en época de Catalina IIª (1729-1796) y de Pablo Iº (1754-1801) (8. Podemos leer con provecho, tratándose de la originalidad del “Martinismo” Ruso, el muy interesante y esclarecedor estudio de Daniel Fontaine: “*Le Martinisme Russe du XVIIIe siècle à nos jours*”, *Les Cahiers Verts* n° 6, 1981, p. 9-28. (Este estudio fue traducido al castellano por Ramón Martí y publicado en el Boletín Informativo n° 2 del GEIMME de Enero

de 2.004. N. del T.), es decir, evocando la corriente espiritual extrayendo sus referencias históricas y doctrinales de Martinès de Pasqually, Louis-Claude de Saint-Martin o Jean-Baptiste Willermoz, independientemente de las muy nítidas diferencias de apreciación e incluso de importantes divergencias -que conviene a buen seguro no olvidar ni dejar en silencio-, que hayan podido existir entre estos tres maestros, lo que les llevó por otro lado a escoger actitudes y “vías” bien distintas respecto a la manera de vivir su compromiso iniciático (“vías” que deberían lógicamente conducirnos, para mayor claridad, a distinguir nítidamente el “martinesismo”, del “san-martinismo” y del “willermozismo”), pero reencontrándose los tres, ya que lo que los une sobrepasa ampliamente lo que los separa, en tanto que figuras emblemáticas de una idéntica doctrina de la “Reintegración”, doctrina designada para la posteridad bajo el nombre de “Martinismo”, tomando siempre la precaución de precisar lo que conviene entender por este término, y recordando, como bien haremos, los matices que imponen sus diversas formulaciones.

Todo esto explica pues por qué el reconocimiento que los “hombres de deseo”, los “Martinistas” de hoy, deben a estos maestros, es inmenso, y cada uno convendrá en que no haremos nunca esfuerzo bastante a fin de profundizar las luces y tesoros que nos son legados, correspondiéndonos la imperativa misión de hacer fructificar y no dejar en el olvido para que cada generación pueda nutrirse y perennizar su saber superior y precioso conocimiento, saber y conocimientos indispensables para la continuación de los trabajos iniciáticos cuyo objetivo, claramente expresado, es hacer lo necesario para que el hombre pueda reencontrar al final de un itinerario en ocasiones largo y difícil, pero que constituye para cada hijo de Adán, de todas formas, el sentido principal de su paso por este mundo, su *primitiva propiedad, virtud y poder espiritual divino*.

*

Habremos comprendido la vinculación a la cadena espiritual de la transmisión que enlaza a los adeptos actuales con los maestros pasados, de naturaleza todavía más sutil y penetrante que en otras corrientes tradicionales, confiriendo por otra parte una significativa singularidad a esta “vía”, que se expresa siempre de manera bien concreta y muy simbólica en los trabajos martinistas a fin de manifestar los estrechos lazos que unen a los miembros vivos con aquellos que se han distinguido, a través de la Historia, por su servicio cerca de los santos altares de la Divinidad. Esta noción de “servicio” dedicado a la glorificación del Nombre del Divino Reparador, el Mesías, es hasta tal punto fundamental en el Martinismo, que bien podría darnos a comprender el sentido verdadero de las dos letras, de las que se sabe hasta qué punto están ligadas a esta

“Sociedad” cuando esta fue constituida y organizada en una Orden propiamente dicha, puesto que corresponden a su grado último, a saber “S” “I”, letras tan a menudo incomprendidas y habiendo recibido interpretaciones erróneas, entre las que la más corriente consistía en conferir a aquellos que eran designados como tales una superioridad que jamás fue objeto de su función, antes al contrario, puesto que estas dos letras traducen simplemente el estado de “Servidor”, de “Servidor Desconocido” oculto detrás la segunda puerta del Templo, dedicado y consagrado a la plegaria ofreciendo perfumes al Eterno.

El Martinismo, en efecto, si es fiel a su misión, debe ser, evidentemente, una escuela de plegaria, conforme a las enseñanzas de Louis-Claude de Saint-Martin del que se sabe con qué fuerza insistía sobre la necesidad y previa purificación del corazón para avanzar en el Santuario de la Verdad; es también un auténtico seminario donde son progresivamente descubiertos, y puestos en manos del iniciado, los “objetos” del culto interior, los instrumentos sagrados que tendrá que utilizar para presentarse ante la faz de Dios. Vía “cardíaca” de adoración, apoyándose y fundamentándose en la práctica de la contemplación y la alabanza, el Martinismo es pues, de alguna manera, un Arca, donde piadosamente es conservada la práctica de la celebración de la Alianza del Creador con el hombre, pero con un hombre santificado, regenerado “perpetuamente y por completo en la piscina del fuego, y en la sed de la Unidad”, como lo expresa magníficamente el “Filósofo Desconocido”, a fin que pueda cumplirse la principal religión, aquella que consiste en religar y volver a reunir “nuestro espíritu y nuestro corazón con Dios”, para que el hombre sea restablecido en las prerrogativas de su primer origen, cumpliéndose, en definitiva, su indispensable “Reconciliación”.

De manera premonitoria, Saint-Martin había previsto, sabiendo la lentitud del progreso del alma humana, que su acción no daría sus frutos si no después de haber dejado esta tierra. Su inmenso mérito, del que cada Martinista celebra en el presente su aspecto providencial, es el haber sabido, durante el tiempo de su paso por este valle de lágrimas, devolvernos a la memoria los deberes que nos impone nuestra verdadera esencia, profetizando con una rara lucidez: *“Mi tarea en este mundo ha sido la de conducir al espíritu del hombre por vía natural hacia las cosas sobrenaturales que le correspondían por derecho, pero de las que había perdido totalmente la idea, fuere por su degradación, fuere por la falsa instrucción de sus institutores. Esta tarea es nueva, pero llena de numerosos obstáculos; y es tan lenta que no será si no después de mi muerte que dará los buenos frutos.”* (*Mi Retrato histórico y filosófico*, 1135).

*

Es importante pues, en tiempos en que la confusión intelectual reina por completo sobre los espíritus y las conciencias, que se emprenda no solamente un llamamiento, sino, mejor aún, un retorno a las bases fundamentales de la doctrina de los maestros venerados, única y sola posibilidad de evitar las trampas, abiertas de par en par, capaces de engullir las mejores intenciones y romper brutalmente las voluntades más sinceras. La perspectiva Martinista está fundada sobre un conjunto de principios que es necesario poseer, profundizar en ellos, estudiar y respetar escrupulosamente. Es el sentido mismo de la obra espiritual atribuida a los hombres de fe sinceros que forman la “Sociedad de los Íntimos”, es decir, precisando y según la expresión escogida, la “Sociedad de los Independientes”, única “Sociedad” invisible, soñada y deseada por el Filósofo Desconocido, reagrupando a los verdaderos y puros amigos de la *Sophia*, que corre el riesgo de verse totalmente desfigurada y pervertida en provecho de falsas vías dispensadas por maestros indigentes.

Es por lo que la nueva “tarea”, de la que habla Saint-Martin, y que nos incumbe particularmente, al menos si consideramos como íntima y vital su imperiosa invitación a pasar de las cosas naturales a las cosas sobrenaturales que nos están reservadas “por derecho”, es la de obrar por la santa reconciliación del hombre con el Eterno. Ciertamente, el camino no es simple ni fácil, pero ya es hora que sean claramente reafirmados los elementos doctrinales efectivos de la “vía” Martinista, de tal manera que los perfumes destinados a quemar sobre el altar que les está reservado puedan elevar hacia el Cielo un incienso de aroma agradable, ofrecido con corazón puro y espíritu de verdad; incienso que represente la santa y adorable ofrenda sobre la que descendan, tal vez, para la inmensa alegría de los “Servidores Desconocidos” del Templo reedificado “místicamente”, las inestimables bendiciones del Señor.

El Martinismo, rodeado de tantos enigmas, recubierto por un impresionante halo de oscuridad, no tiene otra misión que esta: obrar secretamente y lejos del mundanal ruido, para llevar al espíritu del hombre, extrayendo de él los vestigios degradados que componen su triste condición, hacia las realidades sobrenaturales a las que está llamado y predestinado desde los primeros instantes de su “emanación”. Trabaja igualmente en lo invisible para ayudar al “Menor” espiritual a reencontrar al término de su itinerario el lugar que le correspondía desde siempre en el seno del mundo celeste; trabaja para que su corazón, después de haber dado misteriosamente aquí abajo nacimiento al Verbo, pueda finalmente reposar y

fundirse, por toda la eternidad, en el corazón del amor universal del Divino Reparador.